

MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, HUMANISTA DE AMERICA

Por MARIO BRICEÑO PEROZO*

Pocos, muy pocos, han sido en el mundo los espíritus excepcionales. Ante la proliferación de los mediocres, simuladores de grandeza, el excepcional se da de vez en cuando. Es el caso del sabio que hemos perdido. Un vasto talento, una erudición extraordinaria, una señera vocación de servicio a la humanidad, un ansia incontenible de conocer, de superarse en todos los campos del Arte y de las Humanidades. Se llamó Manuel Briceño Jáuregui. Un soldado del azpeitiano universal Ignacio de Loyola (1491-1556).

Nació en Cúcuta, Norte de Santander, Colombia, el 3 de junio de 1917, hijo de Juan Briceño, militar, y de doña Teresa Jáuregui, ambos con raíces ancestrales en Trujillo. Por esto y por bolivariano y grancolombiano integral, el Padre Briceño amó a Venezuela. Y tenía a orgullo advertir que Cúcuta y Chinácota contribuyeron con soldados para el ejército de liberación que formó, en 1813, en tierra neogranadina, el Dr. y Cnl. Antonio Nicolás Briceño, de quien se consideró deudo.

De Bolívar hizo la alabanza tanto en verso como en prosa. Destacó, siempre, la devoción del Libertador por la defensa de los recursos naturales, sus providencias en materia de agricultura, ganados, minas, tierras, caminos, etc. De allí la magistral compilación *Bolívar y el campo*, Bogotá, 1895, que Briceño Jáuregui realiza de consuno con el Padre Alberto Gutiérrez Jaramillo.

Los Briceño Jáuregui se han destacado en Colombia por su amor al estudio y al cultivo de la música. Manuel se formó en ese ambiente y bien pronto se hizo virtuoso del órgano y del piano y como cantor tuvo una voz de excelencia.

Con una marcada facilidad para los idiomas, Manuel comenzó por conocer el griego y el latín, después vendrían las lenguas modernas y algunos dialectos indígenas. Dominó a tal punto el griego que en la Universidad de Oxford, donde obtuvo el título de Master en Artes, los eximios helenistas del famoso instituto no encontraron nada que enseñarle. El Padre Félix Restrepo (1887-1965), maestro de maestros en el campo de las Humanidades, al prologar el tomo III de la monumental obra de Manuel Briceño Jáuregui, *El Genio Literario Griego* (Bogotá, 1980), afirmó: "El Padre Briceño ha empleado largos años en su formación humanística. Domina el griego en una forma que sólo es frecuente entre los estudiosos de Inglaterra y Alemania. Creo que actualmente no habrá en Colombia, y probablemente en América Hispánica, quien lo supere en este sentido".

Desempeñó cátedras de lenguas clásicas, de historia y literatura en colegios de educación secundaria; y, finalmente, culminó su magisterio como profesor de Griego y Latín en la Universidad Javierana de Bogotá. Aquí realiza su mayor obra, compartida su fecunda actividad intelectual y científica con las Academias Colombiana de la Historia, Colombiana de la Lengua y Colombiana de Historia Eclesiástica, y con la Sociedad Bolivariana de Colombia. A su muerte, era Director

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra "M".

de la segunda y Presidente de la tercera. Y presidía, además, el Colegio Máximo de las Academias Nacionales.

Como poeta fue lírico, romántico y modernista. Hizo poesía humorística con el mayor donaire y naturalidad.

Empero donde el Padre Briceño sobresalió mayormente fue en el helenismo. Estudió a los latinos Ovidio, Horacio, Virgilio, Tito Lucrecio Caro, y por el camino de éstos llegó a los griegos, cuyo campo exploró en todos los sentidos. La filosofía, la historia, el arte, la prosa, el verso, el deporte. Estuvo en Atenas y en todas las otras urbes de Grecia. Recorrió uno por uno los sitios históricos. Los monumentos en pie y los restos de los que quedaron como vivo testimonio de la cultura antigua, fueron objeto de su estudio detenido; asimismo las pinturas y las inscripciones en piedras, ánforas y vasos antiguos. En Atenas, por 1961, compuso el Padre Briceño sus *Diez sonetos a Grecia*, diez fúlgidos medallones: “El Partenón”, “Ruinas”, “Corinto”, “Crepúsculo en el Atica”, “La Fuente Castalia”, “Montañas de la Hélade”, “Delfos”, “La Isla de Delos”, “Noches del Atica” y “El templo de Poseidón en Sunión”.

Su condición de músico y de poeta, y su dominio a la perfección del griego, le facilitaron interpretar cabalmente la monodia y la coral helénicas y traer al castellano el sáfico, el asclepiadeo, el jónico menor, el alcaico, los mimoyámbicos, el exámetro dactílico, el trímetro, el dístico elegíaco y otras formas métricas de la poesía griega. A Briceño le fueron familiares los nombres de los excelsos poetas helénicos: Homero, Arquíloco, Mimnermo, Alceo, Safo, Ibico, Simónides, Anacreonte, Bacílides, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, hasta Seferis. Estudió y tradujo, igualmente a los prosistas Herodoto, Tucídides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Plutarco, Luciano de Samosata, Jenofonte, Polibio, Josefo, Posidonio, etcétera.

En su copiosa bibliografía histórico-literaria el tema de Grecia es fundamental, tratado con hondura, con lucidez, con amplitud, con sapiencia. La Universidad Católica “Andrés Bello” editó, en 1971, un libro de Manuel Briceño: *Ensayos Humorísticos*, que comprende dos partes, la primera, en relación al mundo griego, y la segunda, referente al mundo romano. Esta obra fue dedicada por el autor al VI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, celebrado en Caracas, del 20 al 29 de noviembre de 1972. Y en 1973, la misma Universidad caraqueña publica *70 poemas*, de Giorgos Seferis (1900-1972), traducción del griego por Manuel Briceño. Seferis, Premio Nóbel de Literatura 1963, era desconocido en el mundo de habla hispana. Briceño acompaña la versión castellana de un extraordinario ensayo de crítica literaria y de atinadas y eruditas notas al pie de cada poema. El más reciente libro de Briceño Jáuregui, *Los Juegos Olímpicos en la Antigüedad* (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990), es un hontanar inagotable de datos, muchos de primera mano. Manejó toda una familia de autores griegos y latinos, y también modernos. Se complementa la obra con 25 ilustraciones de inmensa significación histórica y artística. Manuel, un deportista, un atleta, habla con calor de la afición de los hijos de Grecia, “por los ejercicios gimnásticos, que dieron al cuerpo esa salud, desarrollo hermoso, fortaleza y perfecta virilidad que los hizo sobresalir entre todas las naciones, junto con la elasticidad

de su inteligencia". El fue un convencido de que con la gimnasia, el atletismo, el deporte, se mantiene "un alma bella en un cuerpo bello". Discurre largamente sobre el boxeo, inventado por Teseo, que practicaron hombres, niños y mujeres.

Colombia en poco tiempo ha perdido tres excelsos humanistas, quienes a la par fueron sacerdotes ejemplares: Carlos Eduardo Mesa Gómez, el 18-VIII-1989; Rafael Gómez Hoyos, el 30-III-90; y Manuel Briceño Jáuregui, el 28-X-1992.

A Manuel, la muerte le llegó de súbito, inesperadamente, había ido a Madrid, para participar en una asamblea internacional convocada por la Real Academia Española de la Lengua; en el evento alternó con su colega de Venezuela, don Pedro Díaz Seijas, conspicuo ex Director de la Academia Venezolana. El corazón del humanista colombiano estalló como una granada de cáliz purpurino, el miércoles 28 de octubre de 1992.

El martes 17-XI-92 en el Sacramental de San Isidro, ubicado a la margen izquierda del Manzanares y frente al stadium Calderón, en Madrid, visitamos la tumba de Manuel Briceño, no habían muerto las rosas y claveles que manos amigas trajeron para su fosa el día del sepelio. Las flores que perfuman las tumbas de los poetas, no se marchitan, el hechizo de la poesía las mantiene lozanas, y el ilustre muerto fue, antes que todo y por sobre todo, un insigne poeta, a la altura de los griegos y latinos que tanto admiró.

VICENTE GERBASI

Por LUIS BELTRÁN GUERRERO*

Vicente Gerbasi (Canoabo, Estado Carabobo, 2 de junio de 1913 - Caracas, 28 de diciembre de 1992) fue llamado por los Santos Inocentes a su cofradía celestial, miembro suyo de nacimiento. Humilde y puro de corazón, vio en seres y cosas su espiritual entraña, soltó riendas a la imaginación, sin olvidar el sentimiento del terrón indoamericano en donde había sido injertado, naufrago del mar Tirreno, y más feliz que Dante porque encontró en Consuelo terrenal su Beatriz. En mi casa de soltero, por El Conde, mi madre le atendía con pasteles y confituras, mientras me traducía directamente la Divina Comedia, que yo vertía en débil y prosaico castellano. Con una herencia cultural imponderable a cuestas, fue testigo y actor de nuestro proceso civilizatorio en comentarios constantes a la realidad visible e invisible en revistas por él formadas o dirigidas, atento siempre al pago de la deuda con los dioses y penates criollos, fuese el Tirano Aguirre o la Batalla de Carabobo. Su infancia de cálidos espacios alumbró sus visiones mejores de las que lo apartaron tantos viajes que culminaron en la Jerusalén universal, meta prometida a todos los amamantados en las Sagradas Escrituras. Aspiró a la condecoración de la *flor azul de Novalis*, y si algunas veces vio al mundo bajo la noche

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra "G".